

—Ya lo creo. Me parece que iré á divertirme mucho y á saber más. Y en la expresión que dio Mercedes á esta frase, notábase el fuego de la mujer curiosa, ávida de goces.

Manuel, entonces, á grandes rasgos describió *la ciudad de los parquecitos*, como llamó Pío Víquez, á San José.

Presintiendo el joven la pronta arribada de sus condiscípulos invitados, no escatimó consejos á Mercedes, de cómo deberían recibirlos ella y sus padres. Conociendo los caracteres de sus próximos huéspedes, pensó en su hermana, y se preocupó.

Levantóse Manuel de su rústico asiento; cogió por el brazo á su compañera, y pusiéronse á pasear en el patio, mirando el cinturón de Job, los ojitos de Santa Lucía clavados en un brazo de la A, las siete cabritas, la clara luna que parecía un *guacalito* de plata cuando la cubría la mitad algún negro nubarrón; y tantos brillantes como recamaban la túnica gris azulada en que el cielo se envolvía. La conversación era ahora animadísima como reposada fue al principio. Mucho, mucho tenía que contar Manuel á su hermana: aventuras de colegio en las cuales Julio Ruiz representó gran papel y que hicieron reír á Mercedes; y otras cosas.....

Por último, el sueño apoderóse de ellos y como quedaban aún muchas noches con su corte de constelaciones que invitasen á admirarlas, se retiraron á sus dormitorios.

Al día siguiente, á eso de las dos, aparecieron en un ribazo de la calle real, tres caballeros de buena traza en sendas bestias de alquiler, trashijadas y amarillas de polvo hasta los corvejones.

Unos jornaleros de los de las *repelas*, uno tras otro enfilados, marchando al paso, con sus aperos de labranza y chaqueta al hombro, buscando los herbáceos lomos del camino para poner la planta, encontráronse con los caballeros; éstos espolearon las cansadas caballerías y arrendaron hacia los peones á quienes detuvieron para preguntarles si conocían á ñor Pantaleón Velar, y caso de conocerlo, si estaría aún lejos el pueblo de su residencia.

Los jornaleros se hablaron por lo bajo, y luégo el más desparpajado contestó :

— Sigán Vds. el camino *derechítico*, sin cruzar. Pasan el *río* del Loro y en la primera callecilla cogen *pa* la derecha. Por allí preguntan y les darán razón: está *cerquitica*.

— Gracias. ¿ Y tendremos que andar mucho todavía ?

— Pos. . . . nó, ya le digo : allí no *masítico*—es.

Con un nuevo, “gracias, y adiós amigos” los viajeros reempredieron su marcha. Los jornaleros contestaron con un cantadito : “adiós señores” y también continuaron su camino.

Como era tan transitada la carretera, estaba el suelo removido; un polvo caliginoso se arremolinaba en volantes pol-

varedas y amarilleaba los *güitites*, *poróes* y los espinosos *piñuelares* de hojas largas y acanaladas. A la vera de las cercas bañadas de polvo, se criaban el zacate y la flor de santalucía moradilla y perfumada. En todo el trayecto no se habían encontrado un solo campo yermo. Por do quiera el verde daba la nota del color: riciales de esmeralda, cañadulzales amarillosos, ya en sazón, cuadros de frijoles cercados compactamente hacia abajo para evitar que las gallinas y sus crías se colaran. En una tranquera, medio á medio del último travesaño, cantaba un gallo, mientras al pie de una de las agujas, un becerrito pacía; en frente, en los matorrales sembrados adrede para deslindar, las *cazadorcillas* y los *comemaíces* metían ruido como de culebra arrastrándose entre las hojas secas.

Las gentes que pasaban no lo hacían sin saludar á los viajeros:

—Adiós señor Y algunos se tocaban el ala del sombrero.

Los paisajes eran pintorescos: montes y colinas; ríos pedregosos como sierpes de plata restregando sus escamas en las riberas arenosas. A la orilla del camino, una cinta de agua se deslizaba en el fondo morrilloso de un zanjón, cuyas márgenes vestían de verde, ataviadas de florecillas muy visitadas por tumulto de mariposas y por caballitos del diablo. Encima del zanjón, de la fila de arbustos nacidos en la linde de unas tierras cultivadas, pendían la *barba de viejo* y la

pudreoreja, campánula silvestre de cáliz azulado, que hacían de festones naturales. De cuando en cuando una mata de pasatora lucía su florescencia roja como estrellas de sangre.

Trotando, llegaron los jinetes á la quebrada que un cuarto de hora antes les habían indicado; la vadearon, no había puente; y atajaron á la derecha por la vereda, separándose del camino carretero. Al poco rato, semi-oculto entre la arboleda, divisaron el tejado de una casa á la cual endilgaron los pasos.

Una zangarilleja de lustrosísima cabellera oscura, con un peine desdentado, se apostó en el umbral de su destartalada cabaña, para curiosear quiénes pasaban.

—¿Está *largo*, Bejuco? le preguntaron.

—No, contestó la mujer; allí no masítico.

—¡Caramba! exclamó uno de los muchachos; todo aquel á quien hemos preguntada hoy, por el tiempo que nos resta para llegar al pueblo, nos ha salido con: "allí no masítico" y mata uno las horas y nunca llega el "masítico." Todos rieron del refunfuñón, dando por sentado que ahora sí era probable que no debían de estar lejos.

Efectivamente, la cabalgada, que al principio había encontrado muy dispersas las viviendas, se percibió con gran contento de que el número de casas, crecía, acordonándose en los costados del camino. De pronto desembocó el grupo de

estudiantes, en la plaza de la Villa, que era la de la Iglesia también.

Cerca, dieron con una *taquilla*, donde se tomaron unas cervezas y al mismo tiempo pidieron indicaciones para dar con la casa de ñor Pantaleón.

Salió á la calle el taquillero, y acompañadas de muchos gestos y movimientos de brazos, dio las señas que se le pedían. Satisfechos los cabalgantes, hincaron la espuela en los *hijares* de las bestias y salieron al paso picado. A unas mil varas escasas de la iglesia, tropezaron con un viejo caserón de ventanas voladas, con rejas de madera. A pesar de lo antiguo, el edificio se conservaba en pie, mirando al levante. Las piezas interiores, algo derruidas, extendíanse á la zaga como buscando apoyo en los monstruosos higueros y en los eucaliptos tísicos. Al frente había cultivado sin gusto, un jardín. La fachada tenía una solana que iba hasta el costado derecho por donde se hacía todo el servicio de la casa. El jardín estaba cerrado con alambre de púas por el lado de la calle.

Dos *saguates* y un falderillo anunciaron á los huéspedes, con salvas de ladridos.

En el acto se le puso á Manuel que tenía á sus queridos convidados en la tranca del corralón y salió como un dardo disparado á recibirlos. Él mismo los condujo á un cobertizo donde ordeñaban las vacas; y allí ataron las bestias junto á las canoas, en los horcones que sostenían el tejado. Un peón las desensilló.

Sacudiéndose las polainas y limpiándose el sudor, los ya conocidos Carlos Gómez, Luis Aldón y Julio Ruiz, entraron en la salita enladrillada, contando de lo bonito que era el camino y lo aburrido y triste que estaba San José, por que las gentes se habían marchado á veranear.

Manuel los dejó solos unos instantes y luego volvió con toda su familia para presentarla á sus camaradas. Apenas hecha la ceremonia, sin esperar nada, los de la casa se retiraron. *Ña* Ramona y Goyo estuvieron asomándose por el resquicio del marco de la puerta y la hoja, curioseando sin ser vistos. Mercedes, que fue la única que esperó unos minutos, salió en pos de su madre para traer á las visitas unos refrescos de naranja que Manuel les había mandado preparar.

Aun no había escapado tras la puerta la falda de la joven, cuando Manuel fue acometido á preguntas, y oyó los comentarios que sobre su hermana hacían los muchachos.

—Simpáticos me han parecido tus papás; y tu hermana, no se diga. ¡Carambola! si no parece tuya, es muy linda! Así habló Carlos Gómez con su habitual fineza, cumplimentando á su amigo.

—¡Oh sí; lindísima! Dijo Aldón, y Ruiz agregó:

—Sólo Goyo, hablándote con franqueza, nos parece un *cuilmas*.

—Mal comenzamos, repuso Velar, llevándolo todo á broma.

—Ni por un momento imaginé, añadió

Julio, que niña semejante fuese tu hermana. Eres tan feo!...¿verdad?... ¡Pero, ella ha vivido en San José?

—Nó, contestó Manuel. Vivió un año y medio en Alajuela, mientras yo estuve allí. De paso, apenas, conoce Heredia y Esparta.

—Pues cualquiera creería que es Josefina.

—Mal continúa la cosa, repitió Manuel sonriendo satisfecho y agradecido, como si las flores prendidas á la belleza de su hermana fueran para él.

Los tres huéspedes, sin comprender la impresión de Manuel, se miraron sorprendidos, creyendo que sus cumplimientos no caían bien.

—¿Mal? ignoro por qué, dijo Aldón interpretando de este modo á sus compañeros.

—¿Qué habré de decirles? Nada; nada porque la quiero y... soy su hermano.

—Ah!! exclamaron los recién llegados; eso cambia.

—Les agradezco mucho tanto cumplido; pero dejémonos de etiquetas. Eso, entre nosotros, no debe existir, dijo Manuel cambiando de tono. Creo que tres días no han desterrado el tú.

En este momento, como la escanciadora del néctar en la sétima esfera, apareció Mercedes trayendo en una bandeja negra tres vasos y una jícara con refrescos de naranja.

Al verla, los muchachos la colmaron de galanteos.

—Manuel, dijo Aldón, tienes en tu casa una flor aromosa que habla y ríe.

—La flor del café de Costa Rica, añadió Gómez.

—La flor preciada entre las bellas flores, agregó Ruiz. Y á su vez Manuel hizo su frase:

—La flor de mi corazón. ¿No es verdad que sí, Mercedes?

La niña, temblando débilmente, sin poder ya con la bandeja y los vasos, miró á su hermano y se puso roja como un capullo de amapola.

Manuel sirvió los refrescos, dejándose él para sí la jícara. Mercedes, animándose y sin levantar los ojos de la negra bandeja, dijo graciosamente:

—Traigo esta jícara, pero no porque no haya en casa más vasos, sino por complacer á Manuel que encuentra en ella sabor más agradable á las bebidas.

—¡Cómo se ve que te distingue! dijeronle á Velar los amigos. Después, Carlos, volviéndose á Mercedes, dijo:

—Ningún cuidado por eso, señorita. Mientras haya servidoras como Ud., no digo sabroso refresco en vasos esmaltados de oro, sino veneno en ordinaria vasija bebería yo, por fijarme en la cara de ángel que lo sirve.

La muchacha, acongojada, se puso como una *chira* de vergüenza, turbada á fuerza de requiebros. Permanecía de pie en frente de los jóvenes, siempre encen-

dido el cutis y en silencio, semejando una estatua del pudor. Manuel, interiormente complacido, no trataba de sacarla del apuro en que su poca ó ninguna sociabilidad la tenía.

—Esto es de hoy; mañana de seguro ya no tendrá pena á estos locos bromistas, y dentro de unos días podrán apreciar mis amigos el talento de mi hermana. Esto pensaba Manuel no perdiendo ningún detalle de la escena.

Cuando se tomaron las naranjadas, Mercedes, corrida, ofreció más, sin que le aceptaran. Recogió lentamente los vasos y se marchó, al principio despacio; después, sintiendo frío en las piernas y en las espaldas, apenadísima, salió volando de la sala.

IX

PARACÍA á ojos no observadores como que estuviese concluída. Cierta que las paredes de piedra, limpias de revoque, resistían un techo provisional, hacía cosa de nueve años ó más. Pero no correspondía á tan macizos muros, á tan elegante pórtico de jambas en forma de medias columnas, á un dintel de mármol, un pésimo tejado de zinc carcomido. ¿Se quedaría el templo *ad æternam* con la

techumbre de ogaño? No, señor, los cristianos bejuqueños no lo permitirían por más tiempo. El bueno del señor Cura había dado los pasos necesarios á fin de conseguir la venia del Ejecutivo para celebrar un turno (1) cada primer domingo de mes.

La inauguración de estas ferias de sacristía, iba á estar, seguramente, concurridísima, pues desde el púlpito llovían exhortaciones á los obedientes bejuqueños, para que no escatimasen su óbolo ni su presencia.

Se efectuarían los turnos en una especie de galera armada por los albañiles el día en que reemprendieron los trabajos de reparación y conclusión de la iglesia; galera construída con el objeto de escapar á los ardientes rayos del sol, siempre que preparaban la mezcla, ó de asubiar cuando los aguaceros tan frecuentes en aquellas alturas, arreciaban.

Las comisionadas de la fiesta—porque generalmente lo eran mujeres, allí, como en San José—mandaban limpiar el local para emperegilarlo ellas mismas con tallos enteros de plátano y ramazón de *uruca*, dispuesta á modo de bambalinas de laurel. Tendían de blanco las mesas y las circumbalaban de cajones, bancas y taburetes.

(1)—Turno: llamamos *turno* á una feria donde se rifan diferentes objetos donados por los fieles para contribuir á un fin piadoso. En algunos autores españoles hemos hallado *tómbola*
(Diccionario de Barbarismos y Provincialismos de C. Gagini)

Apercibido así el escenario del turno, desde la víspera, ya para el domingo quedaba poco trabajo: ordenar los juegos de naipes, preparar los cáñamos y distribuir entre las encargadas de las rifas, gallinas, pollos, guacales de huevos, *tamal* asado, cortes de zaraza (regalo de algún pulpero que no les encontró salida por ralas ó *veraguadas*). Se rifaban también, carretadas de leña, terneras, lechones, gallinas guisadas; piñas, toronjas, naranjas, anonas y limas; y enormes hojaldres de pan dulce, ornamentadas con florecitas de papel.

La misa de los domingos se celebraba á las nueve de la mañana; ya lo sabía todo el mundo en casa de ñor Pantaleón. A nadie se le perdonaba el descuido de no oírla; y los liberalones josefinos, enterados muy bien del régimen católico que se había impuesto la cristiana familia Velar, no se portaron descorteses, y amoldándose á la religiosa costumbre, asistieron al incruento sacrificio de la misa.

Pasadas las diez de la mañana, después de pronunciado el sermón de costumbre en el que se gritaba contra el alcoholismo, el juego y las mujeres, la gran puerta central del templo fue invadida por los fieles que salían lentamente al porche: los hombres, acinturándose la banda, metiéndose el pañuelo en el bolsillo del pantalón ó asegurándose el sombrero; todos ellos, campesinos adecentados con pantalones de dril ó jerga, según las fortunas; pocos gastaban chaqueta, los

más ostentaban la camisa azuleada, limpia no obstante las manchas terrosas de *leche* de plátano, que los restregones de la batea no lograron borrar; bajo la barba se anudaban un pañuelo blanco ó á cuadros de colores; sobre las cabezas se les veía desde el fino sombrero de pita, que también suelen llevarlo las campesinas, hasta el de paja, criolla, tejido por el *indio pacaqueño*, sombreros como parasoles que cubrían la rasurada nuca y la lustrosa greña resobada con tuétano de res. Enseguida salieron las mujeres luciendo camisa de gola con lentejuelas, mostrando sencillamente hasta el nacimiento de los senos, aunque muchas cuidaban de cubrirse el escote con una pañoleta. Había quienes vestían cotonas mal talladas que desgarraban el cuerpo. El cabello lo llevaban suelto ó recogido en trenza; y las de edad, en *atado*. De las orejas les pendían zarcillos de plaqué. Los pies, como los de los hombres, iban desnudos; y algunas, que solían calzárselos en las festividades religiosas, andaban entonces como sobre cornijuelo.

Al salir las zagalas al atrio, los mozos que las esperaban, las decían á la pasadita: "lindas, *corrongas!*" Las bañaban de ditirambos.

Después de la misa, al turno.

En la villa despertaron curiosidad los tres amigos de Manuel.

Luis Aldón, estudiando caracteres para sus cuentos y poniendo en juego su labia, relacionóse con *ña* Luciana, la que le pareció tipo digno de llevarse á la comedia ó

á la novela, razón por la cual no la abandonó. Por otro lado Julio Ruiz conversaba con Carlos Gómez.

—Dime, Carlos, no te parece Mercedes una real hembra ?

—Ya lo creo, contestó maliciosamente el interpelado.

—Hombre, te hablo formalmente.

—¡Esto si que está bueno! Pues en serio te digo que me gusta la hermana de Manuel... Bonita, vivaracha.

—...¡Con que te gusta?...

—¡Y esa admiración? Qué modo de preguntar...

—Es que á mí me encanta. Y Gómez soltó la risa al oír esta frase de Ruiz.

A Julio le encantó la niña desde el momento mismo en que se la presentaron; mas no lo quiso demostrar antes de haber escuchado la opinión de sus amigos: era hombre que se imponía gustos ajenos. De seguro, si Gómez le hubiera dicho: "es una cara vulgar, la de Mercedes; no es de mi gancho,, Julio, aun sintiendo otro parecer, hubiera concluído por sustentar la ajena opinión. Sobre él pesaba la superioridad talentosa de cualesquiera camaradas y sobre todo, la de Carlos, á quien quería y por quien experimentaba cierto respetillo. En vista de ésto, Julio fue halagado extremadamente al oír el elogio que de Mercedes hizo Carlos.

El turno continuaba animadísimo. La gente se movía en todos sentidos en el estrecho campo del galerón, tras las rifas,

tras las muchachas, tras los juegos de envite. Mercedes pasó por enfrente de Carlos y Julio y les miró con amable sonrisa. Repentinamente le subió á Julio la sangre á la cara.

Gómez conocía á Ruiz, como que desde la niñez eran amigos, y le adivinaba sus tejes y manejes; pero esta vez, con andar hasta los colores en las mejillas, no coligió nada.

Aportaba el sacristán un platón de rosquetes y bizcochos, el cual rifaba por el sistema de bramantes. Acercóse á los jóvenes y les hizo comprar los últimos cordelillos. Allí mismo se ejecutó la rifa y Julio sacó el nudo. Con el sacristán fue á buscar á Mercedes para regalarle las golosinas. El pretexto para estar con ella el tiempo que duró la fiesta, le vino que ni pintiparado.

Amenizaban el acto, un ciego de luenga barba blanca, español de origen, que rascaba furiosamente las cuerdas de una guitarra; un mozo de los asiduos visitantes de las pulperías, que sonaba el acordeón; el violín tocábalo un muchacho que era un talento de músico, perdido en las remotidades de Bejuco.

En un rosario de gran vuelo, que años há se había cantado en la villa, el cura contrató unos músicos de sacristía entre los cuales figuraba como un portento, un violinista horror del divino arte. Chilló el violín desesperado en el coro, quizá por verse en tan profanas manos; alguna vez dejó oír una vibración lastimera como el

quejido angustioso de una virgencita, y éste fue el que conmovió al muchacho artista, que se enamoró del instrumento con delirio. Trascurrido tiempo, él mismo se construyó un imperfecto violín, que era con el que en la presente ocasión cerraba el famoso terceto.

La historia de este músico la refirió Mercedes á Julio mientras rifaban. Y Julio, para que tan interesante afición por el arte de Bethoven no se archivara en los anaqueles del olvido, la contó á Luis Aldón. La historia del violinista nadie la ignoraba en el pueblo.

La tarde ostentó oro y púrpura en el colorido de sus celajes. Palidieron los tonos, y las sombras, medrosas primero, atrevidas después, desarrollieron en el firmamento su negro palio.

Desertaba la gente del turno desde el medio día, y al entrar la noche no quedó nadie en el galerón.

A la orilla del camino, medio veladas por cercas de poró y cafetales, divisábanse las cabañas de los labriegos.

La chamárasca, quemándose en los hogares, iluminaba con rojiza claridad las ventanas y las puertas por donde el humo escapaba.

Dio ña Luciana orden de poner en resguardo lo que aún restaba de la feria y arrumbó á su domicilio acompañada de Manuel Velar y Luis Aldón, á quienes hacía lástimas del cansancio.

Á doscientas varas de la plazoleta de la iglesia se detuvo ña Luciana frente á

su casa. Allí se despidió Manuel de la señora, y casi obligado, Luis se quedó á cenar con ella. El todo de ña Luciana estribaba en que el pueblo se enterase de que era persona visitada por gentes de la Capital.

Manuel se marchó á su casa; y cuando llegó no encontró á nadie. Esperó, pues, pacientemente á los suyos.

La familia Velar, Carlos y Julio, cuando abandonaron el turno, antes de encaminarse á la morada, dieron un paseo por la población.

Ruiz logró adelantarse con Mercedes. Atrás, atrás en un grupo que caminaba tardíamente, Goyo, ñor Pantaleón, ña Ramona y Gómez, con quien traía el viejo Velar entusiasmada conversación sobre cultivo de café y caña de azúcar, andaban bien distraídos. Así pues, Julio no hallaría mejor oportunidad para su declaración amorosa y la aprovechó:

—Es Vd., Merceditas, muy inteligente y muy linda. La muchacha enrojeció, pero sin embargo, dijo:

—De veras?... Creía á Vd. de muy buen gusto.

—Y pienso que, sin jactancia de mi parte, no ha creído mal.

—Entonces,—preguntó tímidamente—porqué se burla de mí, llamándome inteligente y bonita?

—Le digo á Vd. la verdad. Haría Vd. feliz al hombre más rudo y descontentadizo. Cierta gracia, cierto modo suyo tan dulce, y esa mirada de fuego de

sus ojos tan negros, lo prueban. A mí, por naturaleza, me es muy difícil galantear á una mujer á quien le faltasen las gracias; si Vd. no tuviera tántas, á fe de caballero que no le hubiera cantado estas verdades. Mercedes, cuyo apasionado temperamento se había nutrido de lecturas románticas, sentíase halagada escuchando las frases que Julio le murmuraba.

—Yo juro que Vd. haría de mí el hombre más feliz, si me quisiese aun cuando sólo fuera una miserita.

Mercedes, por temperamento y por aquellas historias que de Julio le refiriera su hermano, simpatizaba con su pretendiente; y aunque algo cohibida por su poca sociabilidad, dijo:

—Cambiemos la conversación por otra más interesante.

—¡Ah! no es posible lo que Vd. me propone, porque para mí no hay otra cosa más interesante, ni de la cual me satisfaga más hablar, que de su personita.

—Muy extraño me parece que le llame la atención una mujer del campo, sin donosura, cuando hay tan lindas señoritas en San José.

—¡Oh! Yo no permito que Vd. se diga campesina con ese desdén. Cabalmente lo que Vd. tiene del campo, es el perfume, la lozanía y el atractivo de la salud que desborda, que á veces no podrán competir con la gentileza. Además, el amor es caprichoso. ¡Quién pudiera enfrenarlo!

—Un hombre de razón talvez le pone riendas, dijo la joven.

—Lo que es yo no debo, según Vd., ser razonable? No, no lo soy; en amor jamás lo he sido. Y menos ya, por que la amo á Vd. y no entiendo más que de eso. Decídase, Mercedes, á ser mía, solo para mí. Deme una esperanza siquiera. Estas frases recibieron una entonación firme, un acento apasionado. Ella guardó silencio y al cabo dijo, no sin que las palabras de Julio la hubieran hecho honda impresión:

—Para prometerle algo, para darle una esperanza, he de pensarlo. Y diciendo esto, mascaba un ramillo de anís que arrancó al paso. Julio la vio arrojar lejos de sí el ramillo mordiscado y le preguntó:

—¿ Pero es que el amor se piensa ?

Ambos callaron, caminando siempre alejados de la familia. Mercedes, contemplando el cielo con la cabeza seriamente preocupada, parecía buscar en los lucientes puntos suspensivos de la infinita concavidad gris-azul, una contestación. Temblaba como una hermosa *colipato* cogida por una de sus brillantes alas verdes. Julio, con una varilla de bambú, se golpeaba acompasadamente la punta de los zapatos. Así arribaron al casucón de los Velar donde Manuel esperaba hacía rato á su parentela. Al llegar cerca del corral, Julio Ruiz débilmente preguntó á Mercedes:

—¿ Al fin . . . ?

Mercedes, sin apresurarse, desanudó el pañolón, que traía anudado en la cintura, y volviéndose á Julio, que muy de cerca

la seguía, díjole resueltamente, ya atravesando el corral:

—Puedo prometerle algo; y se metió corriendo en las interioridades de la casa.

Manuel esperaba recostado en una aguja de la segunda tranquera, desde donde á la escasa luz de las estrellas abarcó el grupo de su hermana y Julio, y el de las otras personas de su casta, que ya entraban en la primera tranca.

Mercedes pasó al lado de Manuel sin hablar nada, cuando por cariño tenía siempre para su hermano una monería. Lo que causó extrañeza á Manuel; y Carlos, que ya se les había unido, oyó casualmente la respuesta que dio Mercedes á Julio. Por lo que cuando Julio pasó cerca de Carlos, éste le detuvo, sacó su caja de fósforos, encendió uno con el cual iluminó rápidamente la faz de Julio, y exclamó:

—¡¡ Ajáa!! y sonrió con su característica sonrisa.

X

PARA mostrarse liberal batió ella misma dos panecillos de cacao nicaraguanos, en una jícara labrada en Puntarenas, y vació la espumante theobroma de irisadas burbujas, en un jarro blanco á rayas moradas en el borde; rebosó el chocolate y las burbujillas reventaban unas tras otras como diminutas pompas de jabón. Después sacó de una alacena, pan, tortilla de queso y bizcochos. Lista la mesa, y mientras Luis despachaba lo que se le había servido, no tenía ña Luciana la lengua. Y de otro modo no podía ser puesto que el joven la acosaba á preguntas, proporcionando así ocasión, á la picotera mujer, de que abriese la espita de su chismograffa. Daba fe y razón la señora, de qué modo vivían tales personas, lo que hacían cuáles, qué tipo era el Cura, el Político, la Maestra, en fin, de cuanto se quisiera averiguar ella tenía un cabito.

Supo Luis que la Maestra era beata y alegrecilla; que en el pueblo nunca habían tenido médico de universidad, sino un *curandero*, el viejo del *Charral*, que hasta

últimamente no había obtenido patente de botiquín y ejercía á sus anchas; y que también la madre de su amigo Velar, era, según expresión original de la señora Luciana, *médica natural* estupenda.

—¿Cómo, *médica natural*? interrogó Luis.

—*Pos* quiero *icirle*, de esas personas que nacen ya *pa* lo que han de servir.

—Yá... personas de vocación, dice Vd?

—Sí, don Luisito. Aquí en el pueblo la tenemos fe, y mucha. Supóngase: ella me curó la semana pasada al más pequeño de mis dos *chacalines*. ¡Ah, si es *manfica*! Y que no es cara; cobra menos que los *dautores*, que sólo matar gente saben. Bueno, y yo no los maldigo, pues comprendo muy bien por qué no saben.

—¿Y eso?

—Porque ellos, *pa* tener títulos, han *teniu* que salir del país, á leer allá *abajo* en los libros de los *machos*; *en* después, mientras llegan aquí, todito lo olvidan, y tienen entonces que repasar; se atarantan con tanto estudio, y por último le meten á *ña* venenos, realmente sin culpa.

Haciéndose trabajosamente el serio, sacó Aldón su cartera para añadir las notas del momento, y con amabilidad instó á *ña* Luciana para que continuase su interrumpida relación.

—Como *l'ibaiciendo*, los *dautores* olvidan lo que aprendieron, mientras que los médicos naturales, como hechos por Dios, curan por su divina mano eficazmente.

Disimulando siempre la hilaridad, el muchacho ponía mucha atención.

Cuando se decidió á hacer su paseo de vacaciones, se guardó un cuadernito en el cual anotaba lo que de importancia le parecía de las escenas diarias de la vida en Bejuco.

Dando oficio á la lengua ña Luciana, y apuntando Luis sus observaciones, una y otro se movían en sus propios elementos, olvidados de que la noche tendía lentamente sus lobregueses.

Ña Luciana, ¿y no es Vd. médica natural?

—No, ojalá lo *juera*. Aquí en el pueblo sólo la madre de Manuel y el viejillo del barrio del Charral, que cura como con la mano. Bueno, á ñor Fulgencio.... Vd. hubiera estao....

—Vamos, cuente eso. Y la mujer contó lo que sigue:

En Atenas ñor Fulgencio enfermó terriblemente del estómago; el mal era una especie de cólico continuo de dolor agudo. Llamáronse de San José algunos de los notables doctores en medicina y ninguno daba con un santo remedio. Desahuciáronle; y por no dejar de hacerle algo, aplicaron al egroto inútiles paliativos. Y el hombre, retorciéndose, gritaba como un condenado de dolor de estómago. Un amigo de la casa se comprometió á traer á un curandero bien conocido. La apenada familia, á merced de las buenas almas que deseaban el consuelo de ella, asintió á cuanto se le dijo, máxime cuan-

do el enfermo estaba al partir del mundo. ¡Había que hacer lo humanamente posible por salvar al enfermo! El amigo ese, de quien hablo, abequitó y después de una corta ausencia, volvió con el viejo del Charral.

Llegó el empírico dándose importancia y diciendo que si moría el enfermo á él no le culpasen, pues cuando él ya no acertaba á curar, ni aun Dios lo podía.

El curandero auscultó al enfermo con la seriedad del caso, y se expresó así:

—La dolama de *estógamo* es por una tripa *torcía*. Mientras no se estuerza, sólo tatica Dios podrá *salvalo*. Pero pa mí es fácil la cura: no sé cómo no han *dao* con ella los *dautores*.

Después, con un gesto de autoridad, mandó:

—Tráiganme un *diez* de *picacuana* pa que arqué y se le limpie el tubo tráqueo.

Luego, sobándose la enmarañada barba y tocando las bisuntas cuentas de un rosario que le salía por la camiseta sucia y sin botones, que dejaba ver el hirsuto pecho, y con aire sumiso, haciéndose como un abdal, dijo:

—Le daremos una bala rasa de *juminante*, que al peso, y como la telilla del tripaje es resbaladiza, *arrempuje* lo *torció* y deshaga el *ñudo*. *Entuavía* no sería malo *arrempujale* la bala con un *veinte* de castor y darle un *sobao* de enjundia de gallina en tuitica la panza.

Tal cual, fue cumplido en la casa cuanto se ordenó, con más precisión y empeño

que si un famoso médico lo hubiera impuesto como tratamiento. Es común, más bien, que el régimen facultativo se vea con indiferencia; y si empeora ó muere el enfermo, al médico hacen responsable; achaques que no padecen los empíricos á quienes el pueblo respeta, aunque sean su peor enemigo.

Minutos más tarde, el viejo del Charral guindó al enfermo por los pies, de una solera del aposento. Le hicieron efecto al enfermo por los respectivos conductos, vomitivo y purgante.

Aquí llegaba ña Luciana de esta su historia, cuando Luis reventó en carcajadas. Ña Luciana terminó así:

—Pus pa no cansale con el cuento, que hay me tiene Ud. *parriba* y *pabajo* á ñor Fulgencio, tan *juerte* como antes.

Continuaron platicando y cuando ya tomaba la conversación sobre la *curandería*, vuelos de nunca acabar, entró Manuel de puntillas y cosidos los labios, acercóse á Luis, y de pronto le dice:

—¡Siempre el mismo, tomando sabe Dios qué datos para armazón de tu libro.

Aldón que lo oye, y zambuca sus notas en el bolsillo, quedándose muy campante, en tanto que Manuel seguía:

—¿Cuándo leeremos esa novela? ¿Y se llamará... cómo era...? ¡Ah, ya sé! “Costumbres de Costa-Rica” (Exposición de notas adlitteram, recolectadas por su autor.)

Hablando Manuel, no mistaba Luis: ponía gran atención, pensando para su

sayo que todo eso era material de su novela. Velar, terminando la broma, dijo:

—Aparte tu amor á las letras, venía á decirte que hemos concertado para mañana una cacería, en el Desmonte, á pocas leguas de aquí. Es un lugar pintoresco; hay una lagunilla rodeada de árboles muy hermosos, en los cuales se acogen al oscurecer ó duermen la siesta, las *collarejas*, los currées y muchos otros pájaros. No sabes lo que te vas á divertir.

—No lo dudo.

—Si te decides, alístate esta misma noche.

—¿Qué alistamos?

—Vamos á casa para ver. No lo pienses tanto.

Aldón, que desde que llegara á Bejuco conoció que era ésta una zafería, rico filón para sus cuadros de *género*, optaba por no ir; rodeó hábilmente la respuesta y se negó á asistir á la gira proyectada. Hablando siempre sobre el mismo asunto, los dos amigos retiráronse de casa de ña Luciana, prometiéndola Luis otras visitas.

Al otro día, al asomar el sol en el oriente su rosada gloria, sorprendió á los muchachos aperando sus cabalgaduras: apretaban cinchas, componían barbadas, acortaban las acciones, la gurupera, para que no fuera la bestia á *baticolearse*, y ponían á la grupa las alforjas. Manuel apareció trayendo las armas; dio á Carlos la escopeta de ñor Pantaleón, á Ruiz la de Goyo, y él con aire campechano se terció

á espaldas la suya, sistema Lafouche. Llevaban también *rialeras* como espadines de cruzado. *Ña* Ramona les endilgó sermón para que le rezaran al Todo Poderoso y se aplicaran los remedios que les había refundido en las alforjas. Sin más, los jóvenes tomaron el camino del Desmonte.

Luis se salió con la suya: se quedó en Bejuco y se hizo de muchos conocidos que sabían ponerle en la oreja cuanto á él se le antojaba. Visitó los beneficios de café, los trapiches; continuó sus relaciones con *ña* Luciana, quien le contó la desgracia de Rosita, la hija de una lavandera de Bejuco, y se prometió escribir ese dramita. Hizo amistad con el Cura, el Jefe Político y el Curandero del Charral ¡por que tenía un *dñ* de gentes...! El pueblo de Bejuco fue registrado en todos sus fogones, tabancos y escondrijos, por la mirada observadora de Luis. Las costumbres del lugar salieron á flote como espuma que se recogiera para un análisis.

Á Mercedes hizo mella la separación de Julio, pero tuvo cuidado de no dejarlo traslucir. Hubiérase creído que sólo su hermano la preocupaba; mas á la verdad, el corazón de Mercedes sentía el cosquilleo agradable y congojoso de una pasión, que, como se la diese pábulo, amagaba incendiarle el pecho. El excepcional cariño que Mercedes demostró á su hermano tomó otro carácter y pareció menguar. La juventud y el temperamento de la ni-

ña, desbordaban la necesidad natural del amor.

Mercedes, pues, creyó que su felicidad se cifraba en adorar á su hermano; pero muy pronto el hervor potente de su savia juvenil, no aplacado, la hizo poner los ojos y toda su alma en Julio que tan dulcemente la murmuraba de amores.

Prendió la pasión el seno de la linda Mercedes cuando vio á Manuel, mientras llegaba el ideal convertido en realidad. Eso muy bien lo comprendía Velar; pero no era Julio el partido que deseaba para su hermana. Cabalmente porque le conocía mucho, había aconsejado la noche de la cena á Mercedes, procurando predisponerla contra Ruiz. Pero se equivocó; lo único que consiguió con tanto hablar de Julio, fue despertar interés no sin mezcla de simpatía por aquel mancebo tan picaronazo.

No era que Manuel completamente desdenase á Julio, sino que de sus tres amigos, hubiera preferido que Carlos ó Luis se acercasen á su hermana.

La cacería pasó con gran contento de Julio, pésimo tirador en el monte, cazador astuto del sexo que trastorna. Para Carlos, la cacería se largó á pesar suyo. Su placer fue tanto que creyó que los días se habían atropellado unos á otros, para seguir el torbellino del tiempo.

Era una vida sabrosa la de la montaña. En la noche, un tinglado mal cubierto, alzado en una nava del bosque, batido por el huracán furioso que rugiendo sus ron-

cos resoplidos en las serranías doblaba las frondas. ¡Qué agradables sus quejidos nemorosos! Una guirnalda de hogueras donde crugía la chamarasca y capricheaban las lenguas de fuego, daba al tinglado, de lejos, el aspecto de un castillo mágico cuyos torreones y almenas cambiaban sus alturas y formas á merced del viento. Los perros, arrodajados en el suelo, acurrucados unos contra otros, parecían enroscada sierpe de tres cabezas. Al amanecer, las cenizas y los palitroques aparecían desparramados en el suelo.

Allá sobre las cumbres de los montes y al borde de los precipicios, cerníase un tul blanquísimo de tumultuosas nubes que descendían á *beber agua*. Los loros y los pericos gritaban; en la concavidad del río abovedado por el ramaje tupido, como á través de una nave inmensa, cruzaba el *toledo* silbando sonoro su nombre. Los congos *pedían agua*, y las ardillas, ariscas y ligeras, resbalaban á lo largo de las ramas. Después . . . ponerse uno á la pampa á ser acariciado por el viento fresquísimo de las cimas: sentir que los pulmones se llenan de aire y experimentar la plenitud del goce que da una bella acción; sentir los cabellos azotados y revueltos, ¡qué placer! Item las emociones producidas por las sorpresas de la caza, de la caza abundante, en medio de las maravillas de las montañas americanas.

Volvieron los improvisados cazadores á Bejuco; retorno que á Julio vino muy á pelo por que deseaba ver á su Mercedes.

A pesar de lo bien que estaban atendidos los jóvenes, fue necesario poner fin á la temporada, para no fastidiar á la familia de Manuel.

Tres días después del paseo al Desmonte, entre apretones de manos y efusivas frases, los honorables bachilleres, huéspedes de Bejuco, Luis Aldón, Carlos Gómez y Julio Ruiz, partieron con rumbo á la Capital. Antes, por supuesto se despidieron de *ña* Luciana, persona bastante acreedora á las atenciones de Luis, pues le había hecho pasar ratos muy agradables.

Conforme trotaban en la carretera, dejando á la zaga, ranchos, cafetales, potreros, estacadas, cañadulzales, naguelas ó ruinosas tapias con cabelleras de *mozotes* ó *lechillas*, cual más cual menos narraba lindezas de la temporadita que habían hecho en la masada de los Velar, rica dehesa que hacía abrir mucho los ojos á los cultivadores cogolludos.

Carlos Gómez volvía completamente metido en carnes. Julio Ruiz no había ganado tanto como su amigo; mas qué le importaba, si aposentado en el alma tenía un amorcillo? Luis Aldón traía revuelta la cabeza, coordinando capítulos y tratando de engarzarlos con "hilo de oro", precisando diálogos sencillos y naturales, tejiendo castiza y artísticamente su célebre novela.

XI

QUAL manifestaciones activas de respiraderos volcánicos nacidos de un día para otro en las faldas de la cordillera que ciñe la ciudad, se veían arrastrarse en ascendente impulso, por los cerros, de árboles forrados, y por peñas esquilmadas, espesas humaredas que se elevaban hasta confundirse con las nubes, dándoles un tinte requemado, opacando la riente luz y calcinando la atmósfera. Es que estamos en marzo, el mes de las *quemás*; y los labradores, recogida la cosecha, hacen la *roza*, incendiando los débiles tronquillos de las milpas, resecos por el sol.

Una mañana, la de un sábado de gran animación, Julio, acompañado de un inteligente salvadoreño, amigo suyo recién venido, se dirigió al mercado viejo con el intento de recrearse y de mostrar á su acompañante las gentes del país.

Lo primero que llamó la atención al salvadoreño fue el ruido que dos cuadras antes de llegar á la plaza se escuchaba; ruido tempestuoso de afán humano, que contrastaba con la tranquilidad del res-

to de la población. Dominaban voces ininteligibles, silbidos, y con intervalos, el estribillo singular de algún granuja metido á buhonero reclamando á la concurrencia para vender sus baratijas.

Es el mercado viejo enorme fábrica que consta de cuatro jastiales de poca elevación, achaflanado por anchas puertas suficientemente altas. Lateralmente tiene cuatro puertas menores, una por cada lado, que corresponden á entradas directas del edificio; paralelamente á los jastiales y sirviéndole éstos de fachadas, tiene un cañón de piezas á la calle, condicionadas para establecimientos comerciales, con comunicación al interior del mercado y con salidas á la calle.

En días de feria, los sábados, ahileradas carretas uncidas á aperezados y soñolientos bueyes, obstruyen el tránsito en las vías públicas que circundan el edificio.

Allí, en ese estadío cuadrado y sencillo, se desarrollan las escenas pacíficas de la lucha por la existencia, resolviéndose en el comercio. ¡El comercio, árbitro de contiendas internacionales, faro de esperanza para muchos apóstoles de la paz universal!

Dentro de la plaza un tumulto de precipitados bulle en los claustros y galeries. Entran y salen por las puertas anchas, mozos diligentes cargados de sacos, cajones, *tercios* de sal ó con el diario. Se cruzan en todas direcciones multitud de campesinos, descalzos los más, todos modestísimamente vestidos de chaqueta de

dril ó paño ordinario y pantalones cortos de estrechas perneras; campesinos de tez curtida por las inclemencias del viento, el sol y la tierra; algunos, de un porte casi gentil, son hermosos ejemplares de la raza; otros, de tosca contextura, recuerdan con su deforme fisonomía, la de algún cuadrúpedo ó pajarraco. El ingreso mayor de gente de los campos lo dan los barrios vecinos á la Capital; los que afluyen de lejanas poblaciones son pocos, asisten como á una fiesta y suelen pavonearse con su camisa de manta, con su faja de tejido flojo, coloreada de azul, amatista ó encarnada, muy coquetonamente ceñida á la cintura, con su traje dominguero impregnado del perfume de raíz de violeta y del eucalipto con los cuales dormía en el fondo del baul, esperando los días grandes para respirar aire puro y sentir el beso tibio de la luz.

—Tomemos como vistilla este poste; amparémonos á estos cajones, y esos otros serviránnos de baluarte contra el estrujamiento de la multitud revolviéndose en los intestinos del mercado.

Allá, cadena de mujeres arrellanadas en el suelo ó sobre algún lío de ropa, ofreciendo á los compradores—en especial á los chiquillos—*melcochas de trapiche*; acá, abundantes montones de frutas y legumbres; en escaparates y armatostes al efecto, zapatos de provincia; en improvisado obrador, las modistillas venden ropa hecha para mujeres: fustanes con caballito, camisas de gola con lentejuelas, fal-

das, cotonas, camisones. En el galerón central están los cereales y los acervos de papas de Cartago; y en el último, el dulce, pura flor, que los compradores rayan con la uña para probar la consistencia.

¡ Las ventas de dulce, Dios mío! eso sí que parece enjambre haciendo acopio de miel. Qué pedir rebaja, qué alegar, qué algarazara: la humanidad himenóptera!

Allá viene una mujer luciendo camisa de gola adornada de blanquísimos encajes como espuma temblante sobre el seno apenas cubierto por un pañuelo á cuadros rosa echado sobre los hombros y cruzado en el pecho: las puntas del pañuelo enlázanse sobre las randas por un prendedor de plaqué: una mariposilla de ojitos azules. ¡ Hermosa campesina, ejemplar completo de sus compañeras, alegría, elegancia y robustez de nuestros campos.

Recorre los puestos de las verduras y de las frutas, bañándolas al mismo tiempo con unas miradas que dan envidia atroz. Y busca las mejores entre ellas; mas á lo que parece, no para comprarlas, sino para probarlas en parangón, que, aunque se criaron juntitas, es ella, de las hijas del campo, la más rozagante y fresca.

— ¡ Vaya un contoneo más desparpajado el que trae aquella moza!

— ¿ Otra campesina ?

— Nó, insultamos á las nobles hijas del pueblo. Fue campesina; hace mucho que ha borrado su procedencia. ¡ Infeliz, era una locuela, una ambiciosilla! Vínose un

día á la Capital con una señora que veraneaba en su lugarucho y que necesitaba una niñera para su infante. ¡Pero tenía unos colores, un pelo, unos ojos, unos brazos, en fin, un cuerpo... ! Y el polizonte de la esquina, el individuo de banda, un subteniente, el señorito de la patrona...! ¡Cuántas bocas para hacerla á la postre comprender que era un tesoro de encantos que no debía encerrarse en casa!

Y viste regular: el rebozo, los perifollos... Quiere respirar aires de gran señora, y su presunción es el cencerro que la señala como ángel caído.

¡Lástima los parches de vivo carmín que ahora se le hacen necesarios en las mejillas!

Pasó.

Una señorita con su portamonedas al brazo, seguida de una sirvienta.

—¿Qué le pasa, amigo? No extrañarse, ni sonreírse. ¡En el mercado toda una señorita haciendo de mayordoma! Costumbres patriarcales; la usanza del país, mujeres, mejor dicho señoras, que en el manejo de su casa se interesan por sí mismas; señoras de salón, y modelos de esposas. Y mire Vd., por supuesto sin espantarse por tan poca cosa, que eso sería ahogarse en un charco.

Enfile Vd. la vista por aquella estiva de racimos de plátanos y verá nada menos que las hijas del ministro... Yá? las distingue, señor mío? El traje, el tono, la cortesía que gastan con ciertos jóvenes,

se las señalan. Ellas no vienen á comprar nada, pero la costumbre las trae, como quien asiste al paseo. Vienen á lucir, por placer.

Por acá, qué jamona más guapa. Esa señora calza los puntos en su lugar, ocupa un gran puesto en los mejores círculos sociales.

Se acerca á nosotros.

—¿A cómo tiene los tomates, *ñor hombre*. . . .? Ud., sí, Ud.; digo si es el dueño de esta venta.

—¿Qué se le ofrece, mi señora? pregunta el ventero rascándose la erizada pelambre.

—Pues, ¿los tomates. . . .?

—A dos por *cinco*. Son muy grandes.

—Y muy caros. A ver, deme así, estos seis por un *diez*; y si nó, me voy porque ya son las nueve y media. Así hablando, la dama pesa en su mano unos zapallitos tiernos y le clava la uña rosada á un ayote por ver si aun está en agraz. El zangarrón del vendedor, muy picotero, después de pensarlo un poquillo, dice:

—Bueno, mi señora, llévelos. Yo por salir de esto, vendo barato. Créame no gano nada. Pero vale más dar gusto al marchante, que ganar.

—De veras; y la señora muy seria á la embajada del comerciante en menor, llama al sirviente que á corta distancia y con un cesto al brazo, la sigue:

—*Niño*, á ver para poner esto en la canasta. Y después de colocar por propia mano la compra, continuó repasando

las ventas y discutiendo precios con las zabarcedas.

Aquel viejo de bufanda al cuello, que lleva alforjas á la espalda y zapatos amarillos de capellada abierta, es un gamonal, amigo entero de la iglesia y del negocio de frijoles, maíz y papas que tiene en diferentes puntos.

La exposición de las gentes del mercado tenía muy distraído al salvadoreño, que analizaba y se divertía, cuando Julio Ruiz le haló el saco y partió pronto, como un toro rompedor, abriendo brecha en la multitud, para alcanzar á ver bien si era Mercedes, una muchacha que con otras dos salía por el lado suroeste del edificio. Y precisamente por haber cogido la que Julio creyó Mercedes, ese rumbo, no pudo cerciorarse, de si era ella, por que lo que era él no pasaba por la "RIFA DE LOS POBRES" de temor á que las señoritas, quizá amigas suyas, ó si no conocidas, que se encargaban de la rifa, le fueran á pescar en momentos en que andaba en la *real que-ma*. Ya saldría de dudas más tarde.

Entre tanto la muchedumbre afluía al edificio, donde se agitaba una mescolanza de clases sociales, codeándose como si tal cosa.

Aquí, pollitas primorosas como botoncitos al abrirse, coqueteando con imberbes estudiantes; acá, muchachas casaderas poniendo en juego sus dengues para pescar algún mozo atrasadón; acullá, señoras casadas precedidas de algún sirviente con el cual hacen las compras de la semana.

Por este lado, pisaverdes; por el otro, mendigos y negociantes, hombres y prohombres; por allá, un diputado comiéndose un mango; más lejos, un policial desatando nudos y pacificando disturbios.

¡Cuánto tipo raro, qué de caras sin expresión, qué olores, qué bulla: el país entero luchando por el estómago!

¡Cuánto queso, cuántas moscas!

XII

HOLA, Ruiz, hasta que algún día se te volvió á ver la cara. Creí que habías desaparecido de la faz de la tierra!

—¡Hombre! me alegro de hallarte en tu casa. Temía....

—Pues lo que es yo, salgo poco; si no me has encontrado ha sido casualidad ó que no es cierto que hayas venido.

—¿Cómo no! Puedes preguntar á los de tu casa. Pero no hablemos más de ello; ya estoy aquí. Deja ese libro, ponte el saco y vámonos. La tarde está bonita y lo probable es que en el Parque de Morazán haya muchachas. En esto, incidentalmente, pasó por el corredor del jardín una hermana de Gómez, á quien Julio saludó con una cortesía reverencial, sin quitarse sin embargo del pequeño sofá

de felpa roja donde encontró comfortable acomodo.

Carlos, lanzando una mirada hacia el abend encendido que reflejaba sus flamantes destellos en los cristales de las ventanas, exclamó:

—De veras que la tarde está de aprovecharla paseando; y se dirigió á la gaveta de una cómoda para sacar un cuello y un par de puños.

Julio, muy arrellanado en el sofacillo, jugando con su bastón de vuelta, dijo con aire distraído:

—Recibí carta de mi tío. Me dice que ahora no está en Wáshington, sino en Filadelfia.

—¿Y se quedará allí? preguntó Gómez poniendo los gemelos en los puños.

—No, vuelve á Wáshington. Talvez á fin de año me voy yo.

—¡Quién pudiera decir lo mismo! exclamó Carlos; y hubo un intervalo de silencio. De pronto se incorpora Julio en el sofá y con viveza, dijo:

—¡Ah! ¿Sabes? Esta mañana fui al mercado viejo con el salvadoreño que te presenté el otro día. ¿Y adivina á quién vi?

—¿A quién? . . . No adivino.

—A Mercedes, dijo con alegre expresión; después preguntó: ¿La familia Velar estará en San José?

—Manuel... pasado mañana... *hará quin-ce* (días) que vino. La familia. . . . ¡Uf! Hace como dos meses, talvez no tanto, que está aquí.

—¡Y no me habías dicho nada!

—¿Y cómo? si tú pareces un cartujo: no sales ya.

—Es por que estuve *picao*...

—¡Qué barbaro! Te va á llevar *candanga*.

Concluyendo de hacerse el lazo de la corbata, Carlos añadió socarronamente:

—¿Y sigues tan enamorado de Mercedes?

—¡Hombre, ya lo creo; es una real hembra! Pero no, no estoy tan enamorado, es que parece...

—Ah! y lo niegas ¿Para, qué es eso, si aquí todo se sabe; y luēgo, que yo á ti te adivino. Diciendo esto, Carlos cogió su sombrero de fieltro de anchas alas, lo sacudió y se largó á la calle con su amigo para ir á pasear por la Avenida de las Damas.

Julio, al salir á la acera, dijo confidencialmente á Carlos, cogiéndole por el brazo:

—Para que veas que yo no tengo para ti secretos, te contaré: ¡me tiene medio loco esa mujer!

—¿Te piensas casar?

—Por de contado. Quiero muchísimo á Mercedes.

—Bien, pero tu familia... ¿consiente?

—Yo vivo solo; soy mayor de edad, y... Lily no puede decir nada, es una chiquilla. Sólo mi hermana casada y mi cuñado; pero ya tendrán que consentir cuando la vean mi esposa.

Al llegar á la *Estatua* dieron de manos á boca con Manuel Velar que venía del lado sur de la población. Los tres muchachos se detuvieron para saludarse y cruzar cuatro frases. Julio fue el primero que habló:

—¡Hombre, cuándo llegastes, y la familia?

Manuel, con una sonrisa afable, contestó:

—Hace quince días que estoy en San José. La familia hace más tiempo que está aquí. Lo que sucede es, que como no preguntas por uno

Ruiz se disculpó y recibió luego las señas del domicilio de los Velar.

Carlos quería seguir para el Parque Nacional, y entonces Manuel aprovechó la coyuntura para despedirse, so pretexto de ocupaciones.

Ruiz y Gómez continuaron su paseo, prometiéndose, el primero, visitar cuanto antes á Mercedes; el segundo reanudó la conversación que traía con su compañero.

—¿Y cómo metes á tu novia en *sociedad*?

—Ahora no, pero más adelante, yo sabré!

—Me gusta que los humos sean juguete de tus caprichos.

La conversación sobre este tema se agotó, y vinieron otras, ligeras, cortas, indiferentes, hasta que comenzó á cerrar la noche.

En el término de la avenida, en la montaña de enfrente, se veía un fanal como un

astro amarillo brillante, enclavado como un ojo de luz fija en la vía pública. A la pálida claridad de las estrellas se divisaban los negros perfiles de los montes, donde las fogatas de las *quemadas* aparecían como infernales sierpes ondulando al trepar la falda, ó cual roja florecencia nocturna de las montañas.

Sobrexcitado pasó Julio todo el día siguiente, esperando con la impaciencia del enamorado, el momento de ir á visitar á Mercedes; y apenas llegó la tarde, una tarde tan soleada como la del día anterior, empergilóse y fuese á satisfacer su deseo.

Llegado que hubo á casa de Mercedes, no la encontró, andaba en la vecindad, y fue recibido por *ñor* Pantaleón, que muy parado en la puerta del zaguán, lanzaba miradas á los confines de la calle, como si quisiera adivinar lo que la gente del campo hacía á esa hora en las montañas que limitaban el horizonte. *Ña* Ramona no salió á saludar á Ruiz, sino que tras una cortinilla que cubría la vidriera de la puerta de la sala, fisionaba á cubierto de los ojos de la visita.

Principiaba á conversar seriamente Ruiz con *ñor* Pantaleón, cuando entró Manuel, sorprendiéndose de hallar á Julio allí. Sorpresa que tenía su obvia razón de ser, puesto que la familia Velar hacía su fecha que estaba en San José, y Julio no había tenido hasta ahora la simple delicadeza de acercarse á *ñor* Pantaleón ó á Mercedes á noticiarse siquiera de cómo habían llegado. No obstante, con cum-

plido agasajo, demostró Manuel que la visita no le era antipática. Después del saludo corriente, extrañado de no ver á Mercedes en la sala, ni á otros de la casa, que á su padre, pidió permiso á Ruiz y entró á buscar á *ña* Ramona.

—¿Mama, dónde está Mercedes? . . . ¿Y Ud. porqué no vá á saludar á Julio? Vaya.

Y como viese Manuel que por falta de roce social, su madre rehuía salir á saludar á Ruiz, la animó con palabras de confianza.

La señora hizo un gesto repulsivo, pero fue.

Pasó Manuel al vecindario á llamar á Mercedes, que estaba en casa de las Pajuelas, dos muchachas de la *orilla*, zancajudas, pálidas, pegadizas de los hombres y muy beatonas, con quienes la muchacha había cogido *camote*.

Volvió Manuel al lado de Julio con su hermana.

¡Qué contento se puso Ruiz y cuánto agradeció á su amigo la simpática demostración de afecto que acababa de hacerle.

Apenas entró Mercedes, *ña* Ramona, que estaba haciendo corte por puro compromiso, salió de la sala en pos de *ñor* Pantaleón. Manuel se retiró un poco más tarde á ocuparse en sus tareas de Derecho.

Mercedes en cuanto vio á Julio se inmutó, por más que la alegría le rebosaba; y cuando el muchacho acercó á ella su silla, la vió temblar como una llama al beso del aura. Esta timidez se le ocurrió á Julio

ridícula, y sintió una especie de resfrío el naciente ardor de su pasión. Encontraba un algo en Mercedes que no sabía definir y que decoloraba el tinte ideal de sus amores. ¿Dependería ello del estado de su ánimo; era él el ridículo, ó era que la pucela vivaracha de Bejuco, la amiga que hizo la delicia de su estancia en el campo, al cambiar de medio, le parecía cerril y zafia? ¿Deslucía la flor silvestre en los jarrones de la Capital?

¡Quién sabe! Sin embargo, Julio hizo las más dulces remembranzas de Bejuco, con lo que logró entusiasmarse y entusiasmarla. Ella le comprendía y gozaba entonces Julio.

Después, Mercedes trajo á cuento las Pajuelas, unas vecinitas que se portaban muy bien con la familia Velar desde que ésta se pasó á vivir en frente de ellas, con las que iba á los rosarios del Carmen todas las tardes y con quienes pasaba horas y horas que se le hacían cortas. Además tenían un primo, teniente de artillería, tan enamorado como picarón, que pretendía hacerle á ella la corte.

Arrugó Julio el entrecejo; toda su vanidad de hombre se irguió ante la idea de que el militar llegase á ser su rival. Sus desfallecimientos de hacía un rato desvaneciéronse y arreglóse con Mercedes, con respecto á sus amantes promesas, sin dificultad alguna.

Conseguido el objeto que se propusiera, se levantó de su asiento; afablemente hizo venir á la familia para ofrecer sus atencio-

nes, se despidió cariñosamente de Mercedes, á quien había prometido acompañar á los rosarios del Carmen y salió con una impresión nueva, ya muy favorable á la niña. Las finezas de que fue objeto y la buena acogida que dio Mercedes á las palabras con que trató de endulzarle el oído, le dejaron encantado.

Día por día fue estrechando Julio Ruiz las relaciones con la familia Velar, hasta que alcanzó, á fuerza de paciencia, una intimidad que le hizo depositario de la confianza de la casa.

No eran muchas las ocupaciones de Julio y lo más del tiempo se le iba en ver á Mercedes, logrando así que *ñar* Ramona, que acoquinaba á *ñor* Pantaleón para que tornase á Bejuco, apaciguara su terquedad y se conformase aunque aparentemente, con la lejana esperanza de volver algún día á aquella tierra de promisión.

XIII

POR la entreabierta hoja colábase un rayo de sol, que después de ajustarse al peldaño del umbral, se extendía en el tillado de la pieza figurando una mancha rombóidea que daba reflejos de miel.

Dentro no se oía más ruido que el musiteo de Luis Aldón reeleyéndose un trabajo que acababa de pasar en limpio.

¡Qué de amorosas aventuras atestiguarían tapiz y mobiliario de la habitación! Con decir quién era su morador, talvez se podrá adivinar qué clase de santuario era aquel: allí vivía Julio Ruiz.

De pronto oyéronse pasos en la acera y el restregar de zapatos en la huella de la grada de piedra. Eran Manuel Vellar, Carlos Gómez, Julio y el salvadoreño, que volvían á reanudar la algazara de una conversación política que se interrumpió por un grave accidente ocurrido en la esquina. Un pobre albañil, clavando un andamio, había perdido el equilibrio, y caído sobre los morrillos de la calle, fracturándose ambas piernas.

Pasada tan desagradable impresión con sus lástimas y comentarios tristes del artesano, el salvadoreño dijo:

—Ah, pues, volviendo al tema, ustedes son muy localistas; por tales los tienen en el resto de Centro América; y á decir verdad, y ahora puedo hablar por experiencia propia, no andan descaminados los que así piensan, por que el espíritu de localismo está muy desarrollado en esta tierra de la *Tiquicia*, tanto en personas cultas como en aquellos que sin entender de la misa la media, se hacen eco de opiniones ajenas, pero nacionales, netamente *ticas*.

—Pero vea... Iba á hablar Carlos, mas el salvadoreño siguió:

—Este sentimiento imaginamos que nace de la creencia general aquí, de que es éste el país de más preponderancia en Centro América y el más práctico

—Ya sé lo que Ud. quiere probarnos: que somos anti-unionistas, por orgullo ó pretensión, dijo Carlos.

—¡Talvez! Yo pongo aparte la simpatía que por la *Guanacia* sienten los ticos; y veo que Uds. creen llevar la de perder con la *Unión*. . . . Aquí Gómez interrumpió al salvadoreño para decirle:

—Pero vea, fíjese en lo que le voy á exponer, para que así no piense mal de nosotros. No es que sistemáticamente seamos enemigos de esa idea; es que, razonada, nos parece por lo pronto inoportuna. Todavía estos pueblos no están en condiciones de cultura que permitan sacar el provecho de ese paso político. Por las bayonetas no creo que se consiga sino un enorme desbarajuste.

Luis, que tenía las cuartillas en la mano, las dobló con aire satisfecho y las sepultó en su bolsillo; los compañeros se alistaron para oír á Carlos que ordenaba mentalmente sus ideas:

—Los hombres discuten hoy, más que todo, la constitución de los países, el sistema económico. En el convenio social, los pueblos ven, examinan las cosas y trabajan en pro de su felicidad como un individuo que, dueño de algunos fondos, buscarse personas de su gusto y condiciones con quienes celebrar contrato para establecerse y alcanzar el mayor renom-

bre posible, por que éste le aporta ventajas. Y todos estamos de acuerdo con nuestro individuo y no le hallamos tonto ni le molestamos, ni nos preocupamos siquiera por él, si así como se unió con unos en una compañía comercial, por cualquier motivo, ó por voluntad sencillamente, hubiera rechazado de otros, para el mismo objeto, proposiciones.

—Bien, dijo el cuzcatleco, me repite Ud. en otra forma lo que acabo de expresar.

—Ahora verá. No entraré en el análisis de si la aversión á anexarse es para nosotros lo que por ejemplo sería á un agricultor de café que no se uniese á los otros para imponer al exportador un equitativo precio del grano. Sólo voy á indicar un criterio sobre eso de uniones, que será muy personal, muy mío, pero que Uds. pueden discutirlo. Los liberales de por estas comarcas, han proclamado en buenos versos y mejor prosa, el principio de la Unión Centro Americana, como la meta de salvación de esta delgada tierra extendida desde Petén hasta el Escudo de Veragua (?) Ellos saben por qué lo desean, como el costarricense sabe por qué se le antoja desgraciada esa Unión. —Yo aún no lo sé por que tan mal andan unos como otros.— Tanto los detractores del ideal feliz de ver flotar en uno flamante los cinco pabellones de la América Central, como los defensores de ese ideal, están en su derecho. Los liberales,—entendiendo no los snobistas, ni tam-

poco los clerófobos, sino los verdaderos modernistas cuyos principios no exagerados se basan en las ciencias positivas—deben ver, en este punto, caso de conveniencias económicas, contrato voluntarísimo de partes. Y talvez, por verlo así, juzguen que no reporte esa Unión, ventajas; por que un ideal de gobierno es la absoluta descentralización de poderes; y en países pequeños la cosa pública puede estar más en manos del pueblo y, consiguientemente, más cerca del ideal expresado. ¿Acaso la Grecia clásica, de superficie menor que nuestras Repúblicas, hubo menester para su esplendor ensanchar su propio territorio?

—Pero á quién le cabe duda de que la unión hace la fuerza? Interrogó Manuel.

—La hace, cuando los elementos allegados, en todo acordes, ponen partes proporcionales en el arca común que habrá de surtir á todos.

—Ajá! ¿Y Uds. creen que Costa-Rica aporta más que ninguna, dijo socarronamente el salvadoreño.

—No, no, exclamó Ruiz; y Carlos agregó:

—No hay eso. ¿Pero acaso tenduchos de semi arruinados comerciantes, asociados, formarán una *Dicha de las Damas*, gran maquinaria comercial de sólidos haberes? Más fácil es á uno solo, sobrellevar sus calamidades, que cargar también las ajenas.

—Importaría poco eso, observó el salvadoreño, pues las ganancias que pudieran tener, serían mayores por el ensanche de la empresa. Es otra cosa; la comparación con comerciantes, no me parece atinada por que un comerciante arruinado no representa ya nada, mientras que un país de éstos, por arruinado que esté, siempre es campo fecundo para el trabajo, y elemento de riqueza.

—Está buena la observación, añadió Gómez. Consideremos, pues, nuestra sociedad como un organismo individual, en aquellas partes en las cuales cabe la semejanza y podremos decir: no puede hacerse á nadie nada sin su consentimiento capaz y razonado. He creído siempre que el estado soberano ha sido establecido en provecho de los individuos. He creído más, que nunca debe sacrificarse á un hombre teniendo en mira el estado; otra cosa es cuando él se le ofrece en holocausto, voluntariamente. Si esto es en singular, qué diremos en plural, es decir, si así queremos salvar un solo individuo, cuánto más se puede decir tratándose de muchos. Partiendo de aquí, jamás deberá hacerse la Unión por la fuerza. La violencia nunca debe ser base de derecho, porque desequilibra é imposibilita la armonía. Si por fuerza se adquiere un subordinado, éste á su vez luchará por tenerla mayor y sojuzgará á quien lo dominó: ambición y desquite muy racionales. Una mayoría de estados tampoco deberá bastar para hacer la Unión. Una

mayoría es una fuerza en relación con su respectiva minoría y no debe ser base suficiente para ello. La minoría, los descontentos, tienen tantos derechos como los otros; y si un grupo de hombres, al constituirse una nueva sociedad, no la cree beneficiosa á sus intereses, no debe ser obligado á entrar á integrarla, por que sería atacar sus libertades. Los que crean con la Unión hallar su bienestar: ¡adelante! Los otros sepáranse, porque es un contrato, un negocio en el comercio humano en el cual van presintiendo pérdidas; y si en sus cálculos les va mal, que no formen parte de esa *Gran Compañía*. Y bien, ¿les dejamos fuera? . . . ¿Si? . . . Pues la unión es incompleta: no será Unión Centro-americana. ¿Se les une por la fuerza? ¿Dónde están los poderes y derechos con los cuales queremos sacrificar á esos?

Julio, que no había dicho nada, exclamó, muy satisfecho de su gran amigo:

—¡Ah, *nato* más *inspirado*! Y los demás dieron opiniones; unos negando la importancia de la argumentación, los otros aprobando, hasta que por último dijo Carlos al salvadoreño:

—Después de todo, para qué las molestias consiguientes de una unión no muy deseada; para qué extender el dominio de nuestra mala política, cuando ya la patria es todo el planeta, cuando ya nos unimos libremente, gracias á la ciencia, llenando nuestros deberes, trabajando siempre. Si es la felicidad lo que busca-

mos, no compliquemos inútilmente nuestras funciones que no las atenderemos mejor; ni pensemos en hacer bien á tiros. Distinto será el día en que nuestras *unánimes* voluntades nos lleven á darnos el apretón cordial de manos, en forma de railes que cubran el suelo, y de tratados útiles. Entonces la GRAN COMPAÑÍA DE LA AMÉRICA CENTRAL dará sanos y abundantes frutos.

Ya era mucho disertar, y las opiniones, bien marcadas, no se avenían: el salvadoreño, unionista; Julio, también—y aunque no discutía, gritaba, diciendo que no estaba convencido. Manuel fluctuaba entre un parecer y otro. Quería sí, demostrar, que si resultara un Morazán costarricense, se alistaría como artillero: casi esperaba la Unión por la guerra. En fin, Luis reclamó su artículo, que acababa de guardar y pidió se lo dejaran leer, siquier por cambiar el tema de conversación. Y entre burlas y gracejadas se atendió á la lectura:

LA EXTRANJERA DE BRONCE

Las golondrinas y los zoterrés no fueron los únicos que aprovecharon del desastre de la campana quebrada, las lagartijas también. Antes, el miedo al ruido del vibrante metal ó á la vandálica pata del mocito campanero, no las había dado punto de reposo. Y tenían razón de estar medrosas: una de sus heladas compañeras, muy simpaticona, pintada á rayas verdes y oscuras, tuvo una vez la

osadía de asomar la cabeza por un mechinal; el muchacho ve el diminutillo saurio cuando hacía la intentona de escabullirse, y lo apaña con el sombrero. Luégo con miles de cuidados lo examina; de pronto profiere una leve exclamación, y asiendo por el rabo al animalucho lo revolea por sobre su cabeza y lo dispara á la plazuela.

Desde los intersticios formados por el dequiciamiento de los sillares, las otras lagartijas presenciaron las volteretas en el aire y la caída grosera de su desdichada amiga.

Dé entonces no volvieron á quijotear, hasta que se convencieron de que eran dueñas de las paredes de la torre.

El último verano, á eso de las seis, llamaba la campana á los rosarios de María con una desesperación atroz, cual si en sus postreros momentos, porque así había de ser, hubiese reunido todo su vigor para un furioso campaneó como el que desató aquella tarde. El aire, con un rehiló de ondas sonoras, huía rebotando en los montes; estos vibraron y trémulo repiqueo se escuchaba débil y con sabor á oración, en la lejanía.

¡Lástima de campana!

Vieja, sí, pero siempre cumpliendo estricta su deber. ¡Lástima, tan sonora, tan alegre! Hasta cuando había *angelito* permitiase cierto tañido que estremecía de fruición, como si fuese el canto de ultratumba.

El campanario tenía aspecto de ruina: enterrado el pie entre una viciada vejetación olorosa á escombros y entre un apeñuscamiento de piedras; y los muros, desnudos de repello, criaban criptógramas.

Sin embargo era tan feliz la campana allí, encastillada entre dos hornacinas heridas en el centro de sus concavidades por saeteras, y entre dos ventanales bárbaramente adovelados, con una vista que ni de panorama, dispuesta á los cuatro vientos. Al frente, la plazoleta, donde todas las tardes se reunían á jugar los muchachos carisucios y culirrotos del lugar. Los domingos se divertía la campana espiando á las mozas de rebozo, y oyendo los ditirembos que en el atrio les disparaban los muchachos cuando entraban ellas á oír misa. Opuestamente divisaba á su antojo, por la otra ventana, la calle real: primerito que nadie daba fe y razón de los viajeros; y por las aspilleras practicadas en las hornacinas, veía los potros y recentales triscando en los potreros, y curioseaba, maliciosa, á los peones y cogedoras de café.

Pero el demonio del chico parece que se la tenía jurada: se propuso concluir con la poetisa del campanario.

Y así sucedió. El furioso repique disminuía un momento, como para dar descanso al brazo, y continuaba con mayor envite otra y otra vez. El vecindario estaba ya aturdido; las pipias no se recogían como de costumbre en los árboles de

los alrededores, despavoridas huían gritando.

De pronto, el bronce no pudo resistir el badajadar, cascó espeluznante, como vieja asustada, y calló su férrea lengua: la campana se había roto.

El muchacho salió de estampía á noticiar la defunción, que hizo su efecto en el ánimo del pueblo.

Mientras la superstición entregaba á unos á espasmos angustiosos, el activo cura de la parroquia señaló á los vecinos pudientes, cuota moderada para traer del extranjero una nueva y de gran tamaño, que se oyese en una legua á la redonda.

Así se convino.

De hecho la torre quedó aislada.

Para reponer la campana rota, se sembró en el patio de la sacristía un poste, al cual, en la parte superior, se le clavó una regla en forma de F. Arriba, en el extremo de la regla, se sujetó la campana de oficiar, una muy grandota, que á duras penas manejaba el granujín que servía de acólito. Y para sustituír esa de oficiar, se compraron una pequeña, amarilla, de agudo timbre, que movía á risa á los chiquillos.

¡Bastantes pellizcos de sus madres les costó, por cierto, su hilaridad en el recinto de la iglesia!

Por fin, una tarde, en una cureña ó careta de plataforma, apareció, deshaciendo las eses del camino, la campana nueva, traída del extranjero. A cada tropicón del vehículo, la campana recibía leves cho-

ques que dejaban oír los ecos tenues del metal en vibración. La turba que la seguía exclamó:

—¡Qué buena voz, qué bien suena . . . Mejor que la de antaño! Sí, es esta un modelo de campana: tan pura, tan inocente, como que aun no ha visto entrar las muchachas á misa, ni tiene noción de lo que es un matrimonio.

Tal fue la entrada triunfal de la extranjera de bronce en la placilla del pueblo.

Mozos fuertes y ganosos de andar con ella la desataron y con mimo extremado la pusieron en el zacate. Entonces todo el mundo la rodeó.

Las golondrinas, formando hilera en los bordes salientes de la torre, volvían á un tiempo las cabecitas, muertas de curiosidad. Piaban y no tenían sosiego.

El cura tomó la palabra:

—Bien, señores, desde mañana se principiarán las reparaciones que habrán de hacerse á la torre; el sábado pondremos cerebro al gigante de al lado de la iglesia.

—Lengua, padre, dijo un novel bachiller del Liceo, quien quería á todo trance pasar por muy avisado ante sus compatriotas del barrio.

El párroco añadió:

—Luego bendeciremos la campana, tocaremos á vísperas y en seguida una gota . . . del de consagrar, para cada uno de vosotros.

Aquella noche todo el mundo soñó con un ruido de campanas echadas á todo vuelo.

* * *

El tío Justo entró convertido en una alharaca, hablando de la subida de la campana. Pidió un plato de frijoles con tortilla; se engulló esto con una taza de café fuerte, y limpiándose la boca con el reverso de la mano, se puso á buscar sus herramientas.

Cogió á Susanilla, la meció en sus brazos de gigante y la arremetió á besos: unos atroces, por la garganta, por el rosáceo pechillo, que ponían á la chiquitina á morir de risa.

Sacó el tío Justo un cabo de puro, lo encendió; tomó de un taburete el rollo de cordeladura que había alistado, se lo metió en el brazo hasta el hombro, y . . . á la calle.

• Entre tanto, sus sobrinos se ponían á jugar á los soldados.

Repecho arriba, camino de la plaza, iban los tres mocosos.

Joselillo, el mayor de los hermanitos, haciendo el jefe con un rudimento de espada de hojalata, descalzo, vestido de chaquetón grueso y largo, sucísimo, procedente por lo menos del tatarabuelo del muchacho; los calzones tenían un trase-ro. . . ¡Dios mío! . . . una pizarra donde se hubiese discutido trigonometría, no hubiera estado menos llena de ángulos, cír-

culos y triángulos: todo ya en remiendos, ya mostrando las carnes.

Ernesto iba con una caña terciada, el rifle; constanding su indumentaria, de calzones sujetos por un tirante cruzado de pecho á espalda, en la forma que estilan los altos funcionarios colocarse la bandera de la patria. La camiseta era un harapo.

Susanita, peinada de bucles, como que su mamá se entretenía ensortijándole el oro de sus cabellos, sí vestía camisa limpia. ¡Ah, esa ya era otra 'cosa! La estimaba más que á las niñas de sus ojos.

La pequeña marchaba en medio, con las manecitas hácia atrás, liadas con un cáñamo; amarrados los pies, apenas le permitían andar pasito á paso: era la prisionera, de una sangre fría admirable. ¿Pues no iba enseñando aquellos dientes como puntillos blancos en papel rosa, y aquellos ojos vivos y oscuros como dos enormes cuentas de azabache?

El terceto formaba un conjunto encantador: fortuna, felicidad y vida de Juana la lavandera, que lo idolatra.

La torre había quedado como acabadita de hacer. Los zoterrés trinaban al aire mustios pitidos. Las golondrinas, por su parte, prometían abandonar el pueblo á bandadas durante la noche. Y no era para menos: la chiquillería jugaba en la plaza, destrozándoles los nidos.

Nuestra miniatura de comitiva se unió un momento á la masa de espectadores, impelida por la curiosidad. Luego con-

tinuó su paseo hasta llegar á corta distancia de la torre; y allí, en una estaca orillada á un enorme pedrejón, ataron los muchachos á la prisionerita, quedándose el hermano menor para vigilarla, mientras el mayor se disponía á expedir la orden de fusilamiento. En este entonces fue cuando José, el jefe de mentirijillas, vio á su tío asomar por una de las ventanas del campanario donde trataba de asegurar, lo mejor posible, la cabria, y le pasó por la mente irle á hacer compañía á su tío.

Cuando á la bulla que metían en el campanario, reo y centinela volvieron los ojos arriba, miraron á José estorbando á los trabajadores.

—Señor General, gritó la chiquilla— ¿se me fusila ó no? Y antes de que el General hablase, el estricto centinela impuso silencio á la reo. En seguida se oyó en el aire la contestación del General:

—Escojo desde aquí el lugar de la ejecución para dictar la sentencia. Y siguió admirando en lontananza las cordilleras perfiladas que mostraban en sus faldas las manchas blancuzcas de otros caseríos; los árboles gigantes; el cementerio blanco aparentando pureza cual si ignorásemos que es el más voraz antropófago.

Hasta que sudaba el tío Justo, rabioso por lo tarde que le había cogido. ¡Un humor de la trampa! A regañadientes apuraba á los peones en el trabajo.

Con qué gusto se limpió el sudor de la cara con la manga de la camiseta cuando todo quedó á pedir de boca.

—¡Vamos! ¡engaviar á esa señora! ordenó á los de abajo.

—¡Up, up! Y la campana se mueve; á un pequeño impulso, tambalea; y cuando la tierra le faltó, se puso á temblar que daba miedo. Izábanla en medio del chirrido de las poleas y la gritería de las gentes.

De pronto, el tío Justo, atento á los movimientos de la mimada campana y de todo el aparato de izamiento, oyó traquear un burro y enarbolando un martillo comenzó á meterle un clavo de cuatro pulgadas; pero el maldito no entraba, se torcía, y entonces hubo de ver el tío Justo, otra vez encendido en cólera, que era toda la causa un pedazo del terroso bronce, cubierto de verdina, que formara parte de la difunta campana.

Con brusco ademán lo asió y furioso grita:

—¡Campo, señores, va esto!

Joselillo estaba al lado de su tío cuando escuchó las palabras de éste, y pensó en su hermanita, que se encontraba al pie de la torre, amarrada, é intentó detener la colérica mano del viejo, quien soltó por la ventana, sin fijarse, el pedazo de bronce, con inusitada furia.

Los espectadores que rodeaban la torre separáronse con precipitación.

El centinela de la pequeña, que iba á

ser ajusticiada, también se separó del puesto dando voces rápidas, desesperadas:

—¡¡Susanita, Susana, véntele!! Y la niña le tendió los bracitos ignorando lo que sucedía. Los curiosos lanzaron una espantosa exclamación:

¡Pobre Juana la lavandera!

El pedazo de la vieja campana dio cuatro vueltas calmosas en el aire y cayó á plomo sobre la muchachita que hacía poderosos esfuerzos por soltarse; y sin proferir mínima exclamación, quedó hecha un montoncito blanco de preciosa carne, á la vera del pedregón que le sirvió de lecho mortuario.

El tañido primero que la inocente campana esparció á los vientos, fue un doble de conmiseración. Y allá, tras la iglesia, en una cabaña, se elevaban fúnebres quejas.

En los confines, unos después de otros, en monótona y lúgubre sinfonía, hondos clamores y ecos tristísimos repercutían los montes, llorando en consorcio la víctima del día de la inauguración de la extranjera de bronce!

—No es malo el cuento. Me gusta que hayas descrito con tanta naturalidad ese dramita de Bejuco y que tu fantasía haya suplido artísticamente lo vulgar, dijo Carlos; y Manuel agregó:

—Sólo que es un poco largo y no te le van á dar cabida en ninguno de nuestros